

MARÍA SURÉ

# Huérfanos de sombra

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito del titular del *Copyright*.

Diseño portada: MGV Design.

ISBN: **978-1701155466**

© 2019, María Suré

[www.mariasure.com](http://www.mariasure.com)

A mi padre, un navarro risueño, noble  
y amante de los suyos. Estoy segura de  
que estarías orgulloso de mí si pudieras  
verme desde ahí arriba.

A mi hermano Jesús, al que seguí  
llamando Juju años después de aprender  
a decir su nombre.



# Índice

Una decisión equivocada.....	1
Lobo .....	17
Cicatrices .....	35
Desaparición.....	43
Una mala noticia.....	45
Willesden Lane.....	57
Un adiós.....	83
La granja.....	103
Semillas de vanidad.....	127
Descubriendo el amor.....	143
Una gran decepción.....	165
Otra oportunidad.....	181
Conviviendo con monstruos.....	191
Emma.....	203
Un cocodrilo.....	227
Bilbao.....	251
La búsqueda.....	265
Adiós, mi querido hijo.....	291
Rudy.....	323
Un hilo del que tirar.....	325
Fantasmas en la maleta.....	347
Un testamento.....	359

La manada.....	377
Una llamada lo cambia todo.....	381
Tic, tac, tic, tac.....	385
Huérfanos de sombra.....	393
Una vida por otra.....	403
Lágrimas sanadoras.....	411





*“Los seres humanos no nacen para siempre el día en que sus madres los alumbran, sino que la vida los obliga a parirse a sí mismos una y otra vez.”*

Gabriel García Márquez.

*“Quién sabe de dolor, todo lo sabe.”*

Dante Alighieri.



# 1. Una decisión equivocada

**Aldeanegra, 6 de abril de 2010.**

La punzada de dolor la atravesó por dentro. Sentía como si algo estuviera desgarrándose en su interior. No estaba preparada. Aún no. Faltaban un par de semanas para la fecha prevista de parto y aún no se había podido hacer a la idea. Durante todo el embarazo había evitado pensar en ese momento, en el instante en que viera la cara de su bebé y tuviera que desprenderse de él para siempre. Ni siquiera sabía si era un niño o una niña. Tenía que ser así. Las contracciones le dieron un respiro y mirando a su alrededor se sintió más sola que nunca. Toribio había ido a avisar a Demetria, la partera.

«*No tardarán en llegar*», se repetía una y otra vez para intentar no pensar demasiado. La posibilidad de parir sola la aterraba. En aquella habitación oscura, con humedades en las paredes y un par de muebles deslucidos por toda decoración, en una vieja casa perdida en medio de ninguna parte, Laura se sintió fuera de lugar. Aquello no podía estar ocurriéndole a ella. ¿Cómo había podido llegar a esa situación? Lágrimas de pánico y angustia brotaron de sus ojos, empapando la almohada. Intentó recordar cómo había empezado todo. Cómo su rebeldía y el rechazo hacia la frialdad y el absolutismo de su madre la habían empujado a hacer lo que hizo. Recordó el día en que conoció a Curro...

*Iba caminando hacia el instituto, agobiada porque acababa de discutir con su madre. Estaba en el último curso y todos sus compañeros se preparaban para elegir una carrera universitaria. Ella quería ser veterinaria. Desde pequeña sentía debilidad por los animales, pero nunca le habían permitido tener mascotas, ni siquiera un pequeño hámster o un pájaro. Su madre opinaba que esa carrera no era una buena elección para ella. Había intentado convencerla de lo desagradable que podía ser un trabajo de ese tipo, visitando granjas y explotaciones ganaderas, moviéndose siempre entre excrementos de animales. El resultado fue una fuerte discusión, como venía siendo habitual en los últimos meses.*

*Comenzó a llover. Se detuvo un instante para mirar al cielo y unas frías gotas impactaron en su rostro. Se ajustó el gorro de lana del que escapaban unas finas hebras de color castaño y aceleró el paso. Fue entonces cuando él salió de la nada y se colocó a su lado, sujetando en alto su cazadora de cuero para protegerla de la lluvia.*

*«No puedo dejar que una cara tan bonita se moje de esa manera» —le dijo con una mirada tan pícara como encantadora. Laura sintió el rubor de la timidez en sus mejillas, pero se dejó acompañar. Era el mismo chico moreno con el pelo recogido en una coleta que había visto un par de veces en la parada de autobús y al que ya le había echado el ojo. No sabría decir qué era lo que la atraía de él. Quizá fue la forma de mirarla a través del humo del cigarrillo que sostenía entre los labios. O puede que fuera el aspecto de chico rebelde que le daban los aros que llevaba en las orejas y el tatuaje del cuello que se adivinaba bajo la ropa. Era el tipo de hombre que su madre hubiese odiado a muerte. Demasiado alejado de su estilo*

*elegante y sus refinadas maneras, que tanto sacaban de quicio a Laura. Sonrió al imaginar cómo reaccionaría si se lo presentara. Seguramente, frunciría los labios con la expresión que solía utilizar cuando algo le desagradaba. Él la acompañó hasta la puerta del instituto y a Laura no le sorprendió demasiado que todos los días, a partir de entonces sus caminos se volvieran a encontrar de manera aparentemente casual.*

*Se quedó prendada enseguida de su modo de vida desenfadado e independiente. No tenía que rendir cuentas a nadie y hacía lo que quería. Curro iba a por todas y no le fue difícil conquistarla con un poco de atención y cariño al que ella se aferró como un náutico sediento al que le ofrecen un poco de agua.*

*Perdió la virginidad con él en los sucios baños de una discoteca, un lugar nada romántico y totalmente opuesto a lo que siempre había imaginado, pero no le importó. Curro se había convertido en su refugio particular, en su brújula, en el padre que tanto echaba de menos, en su amante. Cuando cumplió los dieciocho, solo unos meses después de aquel día en que la lluvia unió sus destinos, Laura cogió sus cosas y discutió con su madre por última vez para irse a vivir con él. Ya era tarde para ella cuando descubrió la faceta oscura de Curro.*

Una contracción la hizo volver a la realidad. Sujetándose con fuerza a los barrotes de hierro de la cama, la soportó como pudo, gritando en los momentos más intensos y tiritando de manera descontrolada cuando el dolor remitió lo bastante como para permitirle seguir respirando. Se estaban retrasando, no iban a llegar a tiempo...

Aquel maldito lugar estaba a kilómetros de cualquier vestigio de civilización, en el Parque Natural de Las Batuecas, en plena Sierra de Francia. Toribio vivía en una de las pocas casas de la zona que aún permanecían habitadas, construidas para los trabajadores de una vieja mina de estaño que posteriormente fue reconvertida en una laguna artificial. La zona estaba cercada por unos altos farfallones pizarrosos y las casas desperdigadas en medio de un bosque en el que crecían castaños y arces rodeados de helechos, además de una considerable población de frondosos robles negros. Laura se había preguntado en varias ocasiones si la presencia de estos magníficos árboles de madera oscura era el verdadero motivo por el que alguien había bautizado aquel lugar como Aldeanegra. Sorprendentemente, al salir del pequeño pueblo, si es que podía llamarse así, el paisaje iba cambiando poco a poco, volviéndose menos denso y húmedo. Era como si la vegetación hubiera crecido allí durante siglos, tratando de ocultar algún secreto ancestral con su exuberancia. Cuando pisó aquel lugar por primera vez y miró a su alrededor, tuvo la sensación de que el tiempo se detenía.

Dentro de la casa no había teléfono ni tampoco cobertura. También descartó gritar pidiendo ayuda, puesto que sería en vano, dado que era necesario caminar varios minutos para llegar a la casa habitada más cercana. En su estado, intentar levantarse de la cama tampoco era una opción.

—Por favor, por favor, venid ya —rezó con los ojos cerrados, desesperada.

¿Y si algo salía mal? El bebé podría morir si había complicaciones, incluso ella estaba en peligro. Demetria, la

partera, le había asegurado que todo iría bien. Cada vez que Laura se quejaba o ponía en duda sus teorías sobre el parto natural, Demetria se burlaba refiriéndose a ella como *la delicada señorita de ciudad*. Cada minuto que pasaba se arrepentía más de la decisión que había tomado.

*El día que se encontró en la calle, sin un lugar a donde ir, decidió jugar su última baza presentándose allí, en casa de Toribio, el padre de Curro. Solo se habían visto en una ocasión y el encuentro resultó un poco incómodo. Fue el día que acompañó a Curro a la casa de su padre para recoger unos trastos que le hacían falta. El viejo les recibió con un hosco semblante que a ella le pareció un tanto fingido y apenas les dirigió la palabra. Por su parte, Curro reaccionó de la misma manera, dedicando a su progenitor una mirada de indiferencia que a Laura no le pasó desapercibida. Cinco minutos más tarde, estaban de regreso a Salamanca. Ella contempló el ceño fruncido y la cara de enfado de Curro. Acariciándole el pelo para tranquilizarle, quiso saber qué había ocurrido entre padre e hijo para que su relación fuera tan tensa. La única explicación que recibió fue que su padre era un viejo borracho que no se había preocupado nunca de él. Después, con un gesto abrupto, zanjó la conversación y nunca volvieron a hablar de ese tema. Aquel día, Laura sospechó que la seriedad y el rostro severo de Toribio no era más que una máscara para esconder el dolor. Porque las máscaras no cubren los ojos y ella creyó ver una chispa de tristeza reflejada en ellos. Pensó que el hombre parecía estar librando una batalla interior por dar el primer paso y acercarse a su hijo, pero era como si una barrera invisible se lo impidiera.*

El ruido ahogado del motor de un coche, la sacó de

sus pensamientos y la siguiente contracción le pareció menos horrible al oír la voz de Toribio desde la puerta.

—Ahí está, ¡date prisa! —le indicó a Demetria que, arrastrando una vieja maleta, entró en el cuarto y echó un vistazo entre las piernas de Laura.

—Ya queda poco —anunció arremangándose—. Necesitaré una palangana y toallas limpias —apremió, haciéndole un gesto con la mano a Toribio—. Y pon a calentar un poco de agua.

El viejo miró con rostro preocupado a Laura y salió en busca de lo ordenado. Estaba nervioso. Dio un par de vueltas sobre sí mismo en el pasillo antes de poder centrarse y pensar con claridad lo que tenía que hacer. Cuando Laura gritó de dolor, se llevó la mano a la frente como si eso le permitiera organizar sus ideas y se apresuró en dirección a la cocina.

Demetria colocó sobre su cuerpo huesudo un delantal de plástico que sacó del maletín y se roció las manos con alcohol antes de ponerse unos guantes. El rostro feo y arrugado de la partera, su pelo gris recogido en un moño bajo y aquel delantal propio de un carnicero, hicieron imaginar a Laura que era la protagonista de una película de terror. Un grito aterrador acompañó la escena cuando la partera le introdujo la mano en la vagina y el dolor le hizo entender que lo que estaba ocurriendo era muy real.

—¡Deja de chillar tanto! —protestó la vieja con gesto molesto—. Esto no ha hecho más que empezar...

—No puedo soportar el dolor —sollozó Laura, cada vez más asustada.

—Oh, claro que puedes, créeme —rio mostrando varios huecos en su dentadura.

Demetria era partera casi desde que tenía uso de razón. Había ayudado a dar a luz a su madre con tan solo nueve años y a los doce ya se había convertido en la ayudante de la partera local con la que asistía a cada alumbramiento que tuviera lugar en el pueblo y sus alrededores. Su nombre y su fama no tardaron en llegar hasta el más recóndito lugar de la comarca de Las Hurdes. Por aquel entonces, muchos aldeanos contrataban sus servicios a cambio de algunas monedas o productos del campo y eran capaces de recorrer largas distancias en burro o en carro con sus mujeres a punto de dar a luz, con tal de que Demetria las asistiera cuando llegara el momento. Cuando cumplió los veinticinco comenzó a trabajar para el doctor Uribe, un joven ginecólogo recién licenciado al que su adinerada familia había procurado una clínica en Cáceres. Demetria pasó casi cuarenta años trabajando allí. Los mejores de su vida. Nunca se casó ni tuvo hijos. Con cada vida que ayudaba a venir al mundo, su cuerpo se secaba un poco más. Hasta que fue demasiado tarde. Su único amor fue Clemente Uribe, un amor secreto que sufrió y disfrutó en silencio durante años. Él nunca sospechó nada. Estaba felizmente casado con una mujer de buena familia y tenía dos hijas. Nunca se hubiera fijado en alguien como Demetria, que no tenía donde caerse muerta. Pero a ella le bastaba con poder trabajar para él porque le permitía verlo casi a diario. Le encantaba atender los partos codo a codo con él y acabó siendo una experta en provocar contactos disimulados que para él pasaban desapercibidos. Buscaba la manera de tocarle, de sentir su piel, aunque fuera con el simple roce de un brazo o una mano enguantada. Esos pequeños

gestos para ella suponían una inyección de adrenalina que avivaba unas fantasías que nunca se convirtieron en realidad. Siempre estaba dispuesta para él, que no tenía más que mirarla para que ella entendiera al instante qué era lo que necesitaba. Clemente la alababa a menudo diciéndole que le conocía mejor que su propia mujer y ella le respondía con su mejor sonrisa, pero con un sabor agrisado que volvía a degustar de manera casi enfermiza, una vez a solas en su fría habitación. La complicidad entre ambos llegó a ser tal que Uribe confió en ella plenamente cuando le propuso ganarse algún dinerillo extra. Una pareja acomodada había acudido a él por su imposibilidad de tener hijos y le había ofrecido una buena suma de dinero si les ayudaba a conseguir uno. Corrían los años sesenta y a oídos del doctor Uribe habían llegado rumores que aseguraban que otros compañeros de profesión llevaban a cabo ese tipo de malas prácticas. Además de su consulta privada, cuyos honorarios no estaban al alcance de cualquier bolsillo, Uribe también prestaba sus servicios en la Casa de la Madre, ubicada en el palacio de Godoy. Era la primera maternidad que hubo en la ciudad, a la que iban a dar a luz las mujeres de los pueblos cercanos. Con la ayuda incondicional de Demetria, no le fue difícil engañar a una pobre pareja de campesinos diciéndoles que su hijo había muerto al nacer. Todo salió tan bien que pronto volvieron a tener otros clientes dispuestos a pagar por un niño robado. Durante la década de los sesenta y parte de los setenta, por sus manos pasaron entre veinte y treinta niños, que fueron arrancados de los brazos de sus padres biológicos para ser entregados a otras familias más pudientes. Ya durante los últimos años que Demetria trabajó para Uribe, se vieron obligados a dejarlo, puesto que cada vez era más difícil continuar con los engaños. A

partir de entonces solo volvieron a hacerlo en un par de ocasiones en las que estaba muy claro que no tendrían problemas. Nunca se sintieron culpables por lo que hacían. Muy al contrario, se convencían el uno al otro de que estaban llevando a cabo una buena obra al proporcionar a aquellos niños una vida mucho mejor que la que les había deparado el destino. Por supuesto, del dinero que recibían por ello nunca hablaban. Hacía varios años que Demetria se había jubilado y el doctor Uribe no tardaría en hacerlo. Ella había regresado a Aldeanegra y no se habían vuelto a ver. Los años y la espera de un amor imposible la habían marchitado, agriándola por dentro y arrugándola por fuera. Su amor por Clemente y sus sentimientos se fueron evaporando, convirtiéndola en una vieja prematura de difícil carácter y mirada oscura. Toribio había acudido a ella para que atendiera a Laura cuando sufrió una fuerte indigestión, poco después de establecerse en su casa. Cuando Demetria se dio cuenta de que la chica estaba embarazada de algo más de tres meses y supo de su difícil situación, vio una nueva oportunidad de volver a contactar con Clemente y de paso, sacarse un dinerillo extra que no le vendría nada mal para compensar la triste pensión que le había quedado. La joven aún no había visitado a ningún médico y Demetria se aseguró de que así continuara, prometiendo ir a examinarla ella misma cada semana si fuera necesario.

—Estás demasiado nerviosa. Relájate. El miedo puede hacer que dejes de liberar oxitocina y esto se alargará demasiado —advirtió Demetria, echándole una mirada irritada a Laura—. Dame las manos y empieza a concentrarte en la respiración. Despacio... mírame y hazlo como yo.

Demetria inspiraba por la nariz y exhalaba lentamente por la boca para que Laura la imitara.

—Muy bien, sigue así. En la próxima contracción tienes que empujar fuerte.

Laura asintió mientras trataba de concentrarse y apretaba con fuerza las manos huesudas de Demetria. Cuando el dolor regresó, la respiración controlada se esfumó. Empujó y gritó con todas sus fuerzas, llorando de desesperación al mismo tiempo. Sabía, por lo que le habían contado, que un parto era difícil, pero nunca hubiera imaginado tanto dolor. Toribio entraba en la habitación en ese momento y se quedó en la puerta sin atreverse a traspasar el umbral.

—No estaría de más que ayudaras un poco —se burló la partera, divertida por la cara de susto del hombre—. Pasa y sujétale las manos. El bebé ya está aquí.

Toribio se colocó al lado de Laura y le cogió las manos, que le temblaban tanto como a él. Por un momento había viajado al pasado, al día en que nació su hijo. El parto fue difícil y en varias ocasiones temió por la vida de Palmira y el niño. Demetria asistió a su mujer en aquel mismo cuarto durante unas horas eternas que le marcaron para siempre. Por mucho que Palmira insistió, él no quiso volver a pasar por aquel trance y arriesgarse a perderla. No tuvieron más hijos.

Laura sintió un dolor tan intenso que pensó que iba a morir y empujó con fuerza, clavando las uñas en las muñecas de Toribio. Con un movimiento experto, Demetria extrajo primero la cabeza del bebé y a continuación el resto del cuerpo.

—Es un niño... —alcanzó a decir, justo antes de que un potente llanto la interrumpiera.

Laura, exhausta, se inclinó para mirar a su hijo mientras la partera acababa de pinzar el cordón umbilical. Era una diminuta criatura, recubierta de vello negro, que lloraba a pleno pulmón.

—¿Puedes dejármelo un poco? Por favor, quiero calmarlo —dijo, aún con voz temblorosa, alargando sus brazos hacia el niño.

Demetria la miró recelosa. Cuanto menos contacto tuviesen madre e hijo, más fácil sería todo. Dudó unos segundos, pero ante el llanto desesperado del niño, optó por ceder. Laura cogió el bebé y lo puso sobre su pecho, maravillada por el milagro que acababa de traer al mundo.

—Parece un lobezno —opinó Toribio, emocionado, olvidando por un instante lo que iba a ocurrir a continuación.

El niño, aún con los ojos cerrados, percibió el calor de su madre y se calmó al instante, dejando de llorar. Los familiares latidos del corazón de Laura fueron como un bálsamo para la ansiedad y el desamparo que había sentido al verse apartado de la seguridad del útero. ¡Tan pequeño y era capaz de percibir el vínculo invisible que les unía! Y ella iba a romperlo para siempre. Había tomado una decisión y ya se había comprometido con Demetria. Sería lo mejor para todos, incluso para él. La anciana iba a entregarlo a una familia donde crecería sin las carencias que tendría si se quedaba con ella. Acarició su cabecita apenas rozándola con las yemas de los dedos y aspiró su intenso olor a vida. No pudo evitar echarse a llorar. ¿Por

qué le resultaba tan difícil? ¿Acaso no había tenido tiempo suficiente para hacerse a la idea?

Demetria empezó a impacientarse y se acercó para coger al bebé. Laura, instintivamente, lo abrazó con más fuerza para protegerlo.

—Debes darme al niño ya. No es conveniente que te encariñes. En cuanto expulses la placenta, me lo llevaré.

—Solo un poco más, por favor —rogó Laura con ojos llorosos.

De repente le asaltaban todas las dudas y todos los miedos que había ido posponiendo durante el embarazo. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Cómo podía haber pensado que deshacerse del niño sería lo mejor? Más de una vez había escuchado noticias sobre bebés abandonados en la calle o directamente tirados en algún contenedor aún con el cordón umbilical colgando. Siempre se preguntaba cómo podía alguien estar tan desesperado para hacer algo así. Intentaba ponerse en el lugar de la madre que tuviera que deshacerse de esa pequeña criatura indefensa de una manera tan cruel, como si su corta vida no valiese lo mismo que la de cualquier otro ser humano. Como si no estuvieran cometiendo un asesinato al dejarlo abandonado en esas condiciones para que muriera. Nunca le gustó juzgar las acciones de otros porque pensaba que todo el mundo tiene un motivo que le lleva a hacer lo que hace y sabía que la desesperación puede empujar al mejor ser humano a comportarse como un bárbaro. Lo que nunca imaginó era que ella misma iba a encontrarse en un trance parecido. Se dio cuenta de que no había querido enfrentarse a la realidad por miedo a no saber cómo afrontarla. Había dejado pasar los días, uno

tras otro, limitándose a existir sin pensar demasiado en el futuro. Pero había llegado el momento y se le acababa el tiempo.

Desesperada, Laura miró a Toribio en busca de ayuda. Por su rostro inexpresivo, que observaba al niño sin verlo, el viejo parecía haberse perdido en algún lugar muy lejos de allí. Él la había acogido en su casa con la condición de que se marchara al dar a luz. Probablemente se había arrepentido más de una vez de haberla dejado traspasar el umbral de su puerta aquel día de lluvia que se presentó en su casa suplicándole ayuda, complicando así su sencilla y sobria existencia. Con el tiempo, Laura había descubierto que era un hombre huraño, de mirada triste, cargada de dolor. Pasaba por la vida sin fuerzas, sin ilusión, sin una dirección que marcara el rumbo de sus pasos. Cuando tenía un mal día y su mirada se oscurecía más de lo habitual, al volver del campo solía encerrarse en su cuarto para beber hasta perder el sentido. Al día siguiente, su carácter se hacía aún más insufrible. Laura intentaba no cruzarse en su camino, volviéndose invisible y sufriendo la soledad con más intensidad que nunca. Entonces, deseaba con todas sus fuerzas que llegara el momento de dar a luz y poder marcharse de allí. La amargura del viejo podía olerse a distancia. Cada uno de sus poros destilaba una mezcla de olor a alcohol y tristeza que a ella acababa por pegársele a la piel, haciendo que todo a su alrededor se volviese gris e insoportable. Una noche en la que una gran tormenta amenazaba con llevarse por delante la casa, mientras cenaban cada uno rumiando su propio silencio, un árbol no resistió el envite del viento y cayó, arrancando de cuajo una de las contraventanas de madera y el tendido de luz. Se quedaron a oscuras. Tras salir al exterior y comprobar que

la estructura de la casa no había sufrido daños importantes, Toribio volvió a su sitio con una calma que impresionó a Laura. Ella estaba muy asustada. Pensó que solo la suerte y un par de metros les habían salvado de una muerte segura. Se sintió desamparada y comenzó a temblar. Bajo la tenue iluminación de unas velas, él percibió el miedo en su mirada y, ante la sorpresa de la chica, comenzó a contarle una historia. Hablaba reposadamente, saboreando cada palabra, cada recuerdo. Le habló de cuando era pequeño y las mujeres iban a lavar en las piedras del río. Eran lavanderas que trabajaban para el Cottolengo, una casa de acogida para niños huérfanos y enfermos situada en Nuñomoral, un pueblo de la provincia de Cáceres. A él le encantaba acompañarlas porque lo pasaba en grande con el resto de niños de su edad. Jugaban a la orilla del río, salpicándose y bañándose en verano y patinando sobre los remansos de agua congelados, cuando el frío del invierno cubría todo el campo con una pátina blanca de escarcha y hielo. Los muchachos más mayores y más altos tenían asignada la tarea de atar entre los árboles las cuerdas que después servirían para tender la ropa, tarea que era observada con devoción por sus ojos infantiles. Cuando creció lo suficiente y alcanzó el privilegio de poder llevarla a cabo, se sintió tan emocionado y orgulloso de sí mismo que ese simple gesto se había quedado grabado en su cerebro para siempre. Durante un instante, los ojos de Toribio se perdieron en el infinito con mirada soñadora y Laura pensó que, por primera vez, aquel hombre ceñudo y circunspecto estaba bajando la guardia y mostrándole su interior. Pero ese gesto solo duró el tiempo que él tardó en ser consciente de ello. Fue como si algo hubiese presionado una tecla de alerta en su cerebro que le hiciese reaccionar

y cerrarse en banda, volviendo a recorrer en segundos todo el camino de vuelta a una cobardía disfrazada de indiferencia. Desde aquella noche, aunque él seguía empeñado en construir un muro invisible entre ambos, la relación de Laura con el viejo mejoró.

En ese momento, él era la única persona que podía ayudarla, pero parecía estar sobrepasado por la situación. Por otro lado, Laura no sabía a donde ir. Sin el niño quizá aún tendría una oportunidad de continuar con la vida que tenía antes de conocer a Curro. Albergó esa esperanza durante todo el embarazo, pero no había contado con que le fuera a resultar tan difícil llegado el momento. Su cabeza era un hervidero de dudas y pensamientos a medio procesar y no era capaz de razonar con claridad.

—Ha llegado la hora —dijo Demetria, extendiendo los brazos para coger al bebé que dormitaba tranquilo entre los brazos de su joven madre.



## 2. Lobo

**8 años después.**

**Aldeanegra, 30 de julio de 2018.**

*«—Bibo, mamá dice que sin abejas el mundo se acabaría y yo digo que eso no puede ser.*

*—Es cierto, Lobo. Las abejas se encargan de polinizar las plantas.*

*—¿Poli... qué?*

*—Polinizar. Las abejas llevan el polen de unas flores a otras, enganchado en sus patitas. Así es como nacen nuevos frutos. Sin abejas casi todas las plantas desaparecerían y eso afectaría a nuestra alimentación.*

*—Pero aún nos quedarían los animales. ¡Así mamá no tendría que obligarme a comer verduras!*

*—No es tan sencillo. También desaparecería la mayor parte del forraje que comen los animales de los que nos alimentamos. Después de un tiempo, no quedarían muchos.*

*—¡Vaya! Pues sí que sería un problema...».*

Toribio volvía del campo tras una calurosa tarde de trabajo. Estaba agotado y caminaba lentamente, apoyándose en un gran palo que le hacía las veces de bastón y que solía llevar consigo como buen compañero de caminatas. A sus 58 años, ya no estaba tan ágil como antes. Lo notaba en los dolores de sus articulaciones y en que cada vez tenía que detenerse más a menudo para recuperar el aliento. Siempre fue un hombre de costumbres sencillas al que le gustaba la vida del campo, por dura que fuera. Odiaba tener que ir a la ciudad e intentaba evitarlo siempre que podía. Estar en contacto con la naturaleza le hacía sentirse bien y estaba convencido de que respirar cada día el aire puro del monte alargaba la vida. Pero hubo un tiempo en que todo eso dejó de tener importancia para él porque se cansó de vivir. Los sueños lo atormentaban cada noche y la soledad lo angustiaba al llegar el día. Casi se había rendido y, del mismo modo que había hecho muchos años antes, llegó a planear concienzudamente su final. El insomnio le proporcionó muchas horas en la oscuridad para meditar cómo hacerlo. Se obsesionó de tal manera que no podía pensar en otra cosa. Tenía que ser algo rápido y fácil, no una chapuza como la primera vez. Una buena soga sería suficiente para acabar colgado en uno de los árboles del monte. Como uno de esos perros que de vez en cuando se encontraban en el campo. Perros viejos o enfermos que dejaban de ser útiles cuando los años les impedían seguir cosechando éxitos de caza para sus amos o ya no eran lo suficientemente rápidos para dirigir un rebaño. Sus desalmados dueños, por los que ellos hubieran dado la vida sin dudarlo, los ahorcaban y dejaban sus pequeños cuerpos colgados a la vista de todos. Toribio visualizaba una y mil veces su propia silueta balanceándose a merced

del viento, con el rostro crispado en una mueca horrible, la lengua colgando y una mancha de orín en los pantalones. ¿Quién lloraría su muerte? ¿Habría un solo ser humano que de verdad lamentara su marcha? Entonces, inevitablemente, pensaba en Curro. ¿Derramaría alguna lágrima por él o seguiría con su vida como si nada, con una molestia menos en la que pensar? Hacía años que la relación con su hijo se había enquistado y Toribio de sobra sabía que era culpa suya. No había sabido ser un buen padre y eso había marcado de alguna manera el destino de su hijo. Su conciencia no le había perdonado lo que ocurrió aquel maldito día, mil años atrás, cuando la insensatez de la juventud aún corría por sus venas. Los remordimientos se encargaron de ir envenenando su carácter, pero aprendió a vivir con ellos colocando una sucia venda en los ojos de su memoria. Aquello calmó su pesar, pero le impidió ver durante años todo lo bueno que le rodeaba, lo único valioso que poseía: el amor de su mujer y su hijo. Ninguno de los dos estaba ya a su lado y, con los años, su pasado se había convertido en una carga tan pesada que ya no tenía fuerzas para soportarla en soledad. Por eso decidió poner fin a su sufrimiento. Lo intentó en varias ocasiones, incluso llegó a colocar, en la rama más alta que encontró, la cuerda que pondría fin a todo. Era un buen lugar, muy cerca de la colmena. Por algún motivo le reconfortaba pensar que terminaría sus días junto a sus abejas. Pero llegado el momento, no se atrevió. Era un maldito cobarde incapaz de enfrentarse a la muerte cara a cara. Aunque no era el miedo a morir lo que se lo impedía. Le torturaba pensar que, con ese acto, decepcionaría a su hijo una vez más. Pero entonces, un día de invierno en que la lluvia hacía horas que arreciaba, estaba avivando el fuego de la chimenea cuando alguien

llamó a su puerta. Afuera hacía un día de perros, como el humor con el que se había levantado tras una larga noche en la que la humedad le había aguijoneado los huesos. Se incorporó, molesto por la inesperada visita, y se quedó perplejo al reconocer a la chica que había acompañado a Curro unos meses antes. Al verla allí, plantada ante su puerta, empapada y tiritando de frío se le ablandó el corazón y la dejó pasar. Escuchó sus súplicas a regañadientes. No quería problemas y lo que menos le apetecía era tener que ocuparse de una mocosa adolescente que, además, estaba embarazada de su hijo, al que acababan de condenar a once años de prisión. Tampoco podía permitirse muchos lujos, ya que su cuenta bancaria tenía más agujeros que el viejo tejado de su casa, repleto de goteras. Pero ese día no tuvo agallas para dejarla en la calle y aquella decisión fue su salvación. Pensó que quizá la vida o el karma o lo que fuera que se encargara de demostrar a cada hombre cuál es su lugar, le estaba agradeciendo ese sencillo acto de bondad, ofreciéndole una segunda oportunidad.

—¡Bibo! ¡Mira!

El grito interrumpió las reflexiones de Toribio. Sin darse cuenta, una sonrisa había ido marcando su tez curtida. Observó a Lobo y a su perro saltar delante de él, ambos completamente excitados.

—¿Qué ocurre?

—¡Mira lo que ha encontrado Rudy! —El niño le mostraba una especie de bicho grande entre las manos que Toribio no alcanzaba a identificar—. ¡Es un ciervo volador! ¡Verás cuando se lo enseñe a Lalo!

—¡Es enorme! —exclamó Toribio, dándole unas palmadas en el lomo al perro para que se tranquilizara.

El pastor alemán se sentó de mala gana sin dejar de mover el rabo, observando el juguete que había encontrado y que, según la reacción de su amo, debía ser muy valioso. Con la cabeza inclinada, tenía una de las orejas de punta y la otra se plegaba hacia adelante, otorgándole una expresión divertida. Rudy no era un perro de pura raza. Demasiados signos lo delataban, como el rabo curvado hacia arriba, las orejas poco erguidas o la escasa curvatura de su espalda. Sus dueños probablemente lo habían rechazado por ese motivo y lo habían abandonado en el monte cuando tenía unos pocos días. Toribio lo encontró y se lo regaló al niño. Desde entonces ambos se habían convertido en compañeros inseparables de aventuras.

—Qué pena que esté muerto... ¿Me dejas ir a casa de Lalo para enseñárselo?

—Ya está atardeciendo, Lobo. Sabes que a tu madre no le gusta que llegues tarde.

—Por favor, abuelo... no tardaré nada. Ya casi estamos llegando... —El niño lo miró suplicante, con esos enormes ojos del color de la miel que tenían el poder de ablandar corazones. Había utilizado la palabra abuelo, cosa que no solía hacer a menos que la situación lo requiriese y Toribio sonrió pensando que su nieto se había convertido en un granujilla más listo que el hambre. Le recordaba tanto a Curro... A veces, incluso le parecía haber retrocedido en el tiempo y estar contemplando el rostro sucio y vivaracho de su hijo, siempre sonriendo y haciendo de las suyas. Pero Lobo despuntaba por su

increíble madurez. Era muy precoz para tener solo ocho años.

—Anda, ve. Pero no te entretengas y llega a casa antes de que anochezca o tendré que vérmelas con tu madre.

—¡Bien! ¡Gracias Bibó! —gritó Lobo antes de salir corriendo colina abajo, seguido de cerca por su perro.

—¡Y ten cuidado! —Toribio alzó la voz para que el niño pudiera oírle y Lobo levantó el pulgar como respuesta, sin dejar de correr.

Toribio sonrió mirando cómo el niño se alejaba. Después, negó con la cabeza y echó a andar de nuevo, apoyándose en su palo. Aunque siempre había sido un niño pequeño y delgaducho, él sabía que su nieto era más fuerte de lo que aparentaba. Más de una vez se lo había demostrado. Aunque su verdadero nombre era Marcos, Toribio siempre le llamaba Lobo. Aún se acordaba del día que vino al mundo y lo vio por primera vez. Era una pequeña criatura que nació cubierta de pelo negro, como un lobezno. Recordó cómo aquel día echó de su casa a Demetria. Aquella vieja bruja quería llevarse al niño a la fuerza cuando su madre cambió de idea y decidió quedarse con él. Toribio nunca había reaccionado con más decisión. Una extraña fuerza se apoderó de él para mostrar su intención de defender al bebé con uñas y dientes si fuera necesario. Afortunadamente, la vieja pareció advertirlo en su mirada y él no tuvo que utilizar la fuerza para hacerla entrar en razón. Demetria salió de su casa maldiciéndolos a todos y echando espumarajos de rabia por la boca, arrastrando sus bártulos como una fiera herida y derrotada que se retira a reponer fuerzas para preparar el

siguiente ataque. Prometió vengarse por aquella humillación, pero no volvieron a verla. Seguramente, meditó con más calma y llegó a la conclusión de que ella era la que tenía todas las de perder en aquel asunto. A partir de ese día, la suerte de Toribio dio un giro de 180 grados. El niño fue creciendo y, poco a poco, se le fue metiendo muy adentro, ablandando y moldeando su corazón hasta que perdió su rigidez y pudo llenarse de amor. Los dos pasaban mucho tiempo juntos. Cuando no había colegio, solían salir al campo y él disfrutaba contándole historias antiguas o enseñanzas sobre las abejas o los cultivos. El niño escuchaba con atención y lo interrumpía mil veces para hacerle preguntas. Cuando no estaba con su abuelo, Lobo solía ir a casa de Gonzalo, un joven que ayudaba de vez en cuando a Toribio con las abejas y que vivía de la doma de caballos y del campo. El abuelo no podía evitar una punzada de sanos celos ante la relación que el niño tenía con Lalo, como llamaba Lobo a Gonzalo. El niño había empezado a llamarlo así cuando aún no sabía pronunciar bien su nombre. De la misma manera, su abuelo recibió el apodo de Bibo. Después, cuando ya todos se habían acostumbrado a esos nombres, ninguno había encontrado un buen motivo para cambiarlos. Gonzalo era un buen hombre que no había tenido demasiada suerte en la vida, pero Toribio sabía que, al igual que él, quería a Lobo con locura. Y eso le bastaba.

Tras unos minutos de descenso, pronto alcanzó a ver el camino de tierra, bordeado por la hilera de robles negros que marcaban la entrada a Aldeanegra. Los árboles estaban dispuestos en zigzag a ambos lados del camino. Los primeros eran más pequeños, apenas unos arbolillos. Pero a medida que el sendero se iba adentrando en la espesura del bosque, los rebollos, como allí llamaban a

esos árboles, se iban haciendo cada vez más grandes y frondosos. Los últimos fácilmente llegaban a los veinte metros de altura. Sus largos brazos, que se abrían desmesuradamente, eran visibles a través de las hojas y su forma alargada y retorcida les daba una apariencia humana. Parecía que quisieran saludar al caminante, ofreciéndole su nervudo abrazo. Toribio divisó su casa. Desde que Laura y Lobo vivían con él, tanto su aspecto exterior como el interior habían mejorado sustancialmente. Era una vieja casa de piedra y madera cuyas paredes estaban cubiertas por las enredaderas. Sus ventanas lucían colmadas de flores de colores durante la mayor parte del año. Él se había encargado de arreglar el tejado y Laura de la decoración. Con una pequeña inversión y mucho gusto, ella había conseguido que la casa volviera a ser acogedora. Poco a poco, aquellas viejas paredes habían recuperado la esencia de los días en los que Palmira, su mujer, se encargaba de alegrarla.

Cuando Toribio solo tenía unas pocas horas de vida, alguien lo dejó abandonado en el orfanato. Entre las ropas en las que iba envuelto el niño, encontraron un reloj de bolsillo de oro repujado. Esa pieza artesanal era su único vínculo real con su sangre, con su pasado. Desde entonces lo guardaba celosamente, con un cuidado especial. Las monjas se encargaron de criarlo como a uno más de los niños que convivían en la casa de acogida y que formaban una gran familia. Allí tuvo una infancia feliz y pocas veces echó de menos a sus padres, arropado por el amor de las monjas que se encargaban de los niños como si fueran sus propios hijos. Cuando tenía once años, las hermanas crearon el Coto Apícola para fomentar la apicultura de la zona. Él se vio atraído desde el principio por el fascinante mundo de las abejas y allí aprendió a

manejar un apiario. Conrado, uno de los trabajadores del Cottolengo con el que hizo mucha amistad, le dejó la casa en herencia junto a un pequeño terreno y un modesto colmenar descuidado y prácticamente abandonado. Llegó a su nueva casa con veinte años recién cumplidos para empezar a trabajar en la mina de estaño. Allí se estableció con Palmira, su mujer, y poco después allí nació su hijo. Pero aquel también fue el lugar donde se despidió de su mujer un fatídico día en el que respiró por última vez y descansó de su agonía tras una larga enfermedad. Toribio miró con nostalgia el lugar donde había pasado la mayor parte de su vida. Entre aquellas cuatro paredes había vivido momentos tan felices como difíciles. Durante mucho tiempo había sido un recuerdo amargo del pasado, una cárcel de soledad. Pero nunca había dejado de ser su hogar. En los últimos años, junto a Laura y su hijo, creía haber encontrado por fin un bálsamo para sus heridas. Sabía que nunca cicatrizarían, pero al menos ya le permitían respirar sin dificultad. En ocasiones, incluso dejaban de escocer y se olvidaba de ellas durante un tiempo. Ya no necesitaba el alcohol para soportar los días porque había encontrado un motivo para seguir viviendo. Un pequeño e inquieto motivo con mirada de miel y sonrisa fácil que le contagiaba su entusiasmo por cada pequeña cosa que le rodeaba, aunque fuese un simple insecto.

—¿Y Marcos? —preguntó Laura con el ceño fruncido, extrañada al no ver al niño. Normalmente se adelantaba y se lanzaba a sus brazos antes siquiera de que Toribio hubiese entrado por la puerta.

—Ha ido un momento a casa de Gonzalo, pero me ha prometido que vendrá enseguida —explicó Toribio, tratando de quitarle importancia. Laura era una mujer

tranquila y no solía enfadarse, pero en lo referente al niño le parecía que se comportaba de manera excesivamente protectora.

—Sabes que no me gusta, Toribio. Es demasiado pequeño para andar solo por ahí... —Laura no compartía la opinión de Toribio con respecto a la vida en el campo. Veía peligros por todas partes y a él le parecía una exagerada.

—No le ocurrirá nada, Laura. Aún falta un buen rato para que se haga de noche... Además, lleva al perro y esto no es como la ciudad.

—No empieces de nuevo —protestó ella—. Por aquí también pasan extraños haciendo senderismo de vez en cuando o el niño puede caerse y hacerse daño. ¡De qué le serviría entonces el perro!

—Está bien. Si en diez minutos no ha llegado, iré a por él —dijo Toribio negando con la cabeza—. No deberías protegerlo tanto.

Laura soltó un bufido de impotencia y se volvió a la cocina. No tenía ganas de empezar con la misma discusión de siempre. Toribio era un buen hombre, pero sabía que nunca conseguiría hacerle entrar en razón sobre los peligros que podía correr un niño tan pequeño por ahí solo. Intentó autoconvencerse de que no pasaría nada para aliviar la ansiedad. Después de todo, la casa de Gonzalo estaba relativamente cerca, pero era un fastidio estar tan comunicados. Guardaba el móvil en un cajón durante días porque allí no servía de nada. Para poder llamar y conseguir algo de cobertura, tenía que alejarse de la casa y subir a un montículo en el que las rocas despejaban de

vegetación unos pocos metros. Gonzalo estaba en las mismas. En su casa tampoco podía recibir llamadas. Vivir en Aldeanegra era, en muchos aspectos, como regresar a la Edad Media, aunque también tenía sus ventajas. Le gustaba la tranquilidad de la vida en el campo y sabía que Marcos era feliz allí. Especialmente en vacaciones, que apenas se dejaba ver el pelo, todo el día por ahí con el abuelo o con Gonzalo.

Ella pasaba mucho tiempo en casa de Renata, elaborando productos artesanales que después llevaban a Salamanca o a La Alberca —un pueblo cercano muy turístico—, para venderlos a los pequeños comerciantes o en el mercadillo. Tenían una pequeña producción que se vendía muy bien. Hacían hornazos —una empanada a base de embutidos—, dulces tradicionales de la zona elaborados con productos naturales como las perrunillas, amarguillos, almendras garrapiñadas o turrón artesanal. En época de cosecha también vendían productos envasados como la miel o el polen. Ese pequeño negocio les permitía sacarse un dinerillo que les venía muy bien. Renata era una inglesa que vivía en Aldeanegra con Hannah, su madre, una anciana de 86 años. Ambas habían tenido una vida dura. Hannah nació en Praga. Su padre era un adinerado prestamista judío que murió en sus brazos cuando era niña. Con solo siete años, Hannah tuvo que abandonar su ciudad natal para salvar la vida. La anciana tenía dos grandes cicatrices en sus pómulos que, por su simetría y trazado, Laura sospechaba que no habían sido fruto de ningún accidente. Era una mujer entrañable a la que Laura había cogido mucho cariño. Desde que la conoció, sentía curiosidad por su vida pasada, pero nunca se había atrevido a pedirle que le hablara de ella. Le parecía que iba a reabrir viejas cicatrices que la harían

sufrir de nuevo sin necesidad. Renata no se parecía demasiado a su madre. A sus 69 años lucía una poblada cabellera canosa que en algún momento había sido del color de la zanahoria. Su cara pecosa estaba llena de surcos y profundas arrugas que le hacían parecer más vieja de lo que realmente era. No era mujer de muchos amigos. Cuando Laura la conoció no se llevó muy buena impresión de ella porque fumaba como un carretero y no paraba de gruñir por todo. Pero el tiempo le demostró que era una de esas personas que brilla hacia dentro y que, una vez te permiten mirar en su interior, te quedas a su lado para siempre. Cada semana, Laura cogía la vieja furgoneta de Toribio para acercarse a Salamanca. Allí aprovechaba para entregar los productos que habían preparado, hacer algunas compras y visitar a su padre en la residencia. Habían pasado casi diez años desde que a Norman Kelley le diagnosticaron Alzheimer cuando aún era relativamente joven. Hacía mucho tiempo que ya no la reconocía, pero su estado parecía haberse estabilizado. Sin embargo, en sus últimas visitas lo había visto muy desmejorado. Teniendo en cuenta que ya había superado la esperanza media de vida de la enfermedad, Laura temía que estuviera llegando a su fin. De su madre no había vuelto a tener noticias, aunque le constaba que hacía tiempo que no había vuelto a visitar al que aún era su marido. Conociéndola, Laura estaba convencida de que ya debía haberle echado el guante a otro, eso sí, con el requisito imprescindible de tener una buena cuenta bancaria. Si aún no había pedido el divorcio era porque estaba esperando recibir un buen pellizco cuando su padre falleciera. Así era Elisabeth. Nunca fue una buena esposa y mucho menos una buena madre. Pero a Laura ya no le dolía pensar en ella. No la necesitaba. Lo único que había

heredado de ella era su constitución delgada y sus ojos claros. También era guapa, pero al contrario que su madre, nunca le interesó explotar su belleza.

En sus viajes a Salamanca, aprovechaba para acercarse a la editorial de Julio Blanco, un gran amigo de su padre que le hacía encargos de traducciones de novelas al inglés, su lengua paterna y materna. Cuando Julio supo de la difícil situación de Laura, le ofreció el trabajo sin dudarle. Cada quince días ella le entregaba los textos traducidos y recogía un nuevo encargo. Se había comprado un ordenador y disfrutaba con ese trabajo. Así transcurría la vida de Laura. Una vida sencilla con la que se sentía feliz. De vez en cuando, echaba de menos la vida ajetreada de la ciudad. Sobre todo, en los largos y fríos inviernos en los que no había mucho que hacer, a excepción de permanecer en casa al abrigo de la chimenea. Pero si miraba hacia atrás y hacía balance, comprendía que ese era su sitio. Porque el lugar no era lo importante sino la gente de la que uno se rodea y a la que ama, estén donde estén. Porque Renata, Hannah, Gonzalo y Toribio se habían convertido, junto a su hijo, en su pequeña familia. Una familia en la que se sentía muy querida.

El niño no tardó en llegar y fue directo a los brazos de su madre, colmándola de besos antes de que ella pudiera protestar.

—¡Mami! ¡Te quiero mucho!

—No seas liante que sabes que estoy enfadada...

—¡Pero si no he tardado nada! Es que tenía que enseñarle a Lalo lo que he encontrado. Mira —Marcos

sacó el escarabajo gigante de una cajita y se lo enseñó a su madre, orgulloso.

—¡Puaj! ¡Qué asco! ¡Quita ese bicho tan grande de mi vista! —gritó Laura, haciendo aspavientos con las manos.

—¡Pero mamá! —Marcos reía a carcajadas por la expresión de su madre—. Es un *Lucanus Cervus* —explicó, pronunciando las palabras con énfasis—. Lo hemos buscado en la enciclopedia de Lalo y ya me he aprendido el nombre. Además, es un macho, porque la hembra no tiene unas mandíbulas tan grandes. Voy a guardarlo en el cuarto con mis otros descubrimientos. Este es especial porque hemos leído que es el escarabajo más grande de Europa.

Marcos tenía toda una colección de bichos, fósiles, piedras y hojas en la habitación que compartía con su madre desde que nació. Se notaba claramente la influencia de Gonzalo en los gustos del niño y su amor por la naturaleza. Sin buscarlo, había encajado perfectamente en la mente del niño como la figura paterna que tanto necesitaba.

—Pues no tardes, la cena está lista —anunció Laura, revolviendo cariñosamente el pelo color azabache de su hijo.

Marcos devoraba la cena con ganas, escamoteando pequeños trozos de comida que dejaba caer disimuladamente bajo la mesa para su fiel compañero, que también había aprendido a disimular y a esperar su recompensa pacientemente. Cuando el bocado se demoraba más de la cuenta, el perro ponía la pata sobre el

pie del niño para que soltara una nueva presa.

Laura miraba a Toribio de reajo con una media sonrisa y hacía la vista gorda.

—Bibo, cuéntame la leyenda que me prometiste — dijo Marcos con la boca llena, pero tapándose con la mano para que su madre no le regañase.

—¿Ahora, Lobo? Estoy cansado.

—Venga, abuelo.... Una cortita, por favor.

Ahí estaba, la palabra clave y la mirada suplicante que nunca fallaban. Laura reprimió una sonrisa.

—Está bien... ¿Quieres una de miedo?

—¡Sííí!

—Pero luego no te quejes si tienes pesadillas.

El niño negó con la cabeza y miró a su madre con ojos dulces de miel.

—Las pesadillas las tendré yo cuando no me deje dormir, porque acabará metido en mi cama —protestó su madre.

Toribio comenzó su relato. Hablaba despacio, mesándose la barba canosa y expresándose con una cadencia misteriosa.

—Cuando yo era joven, en la zona en la que vivía, todo el mundo hablaba del *lobisome*...

—¿El hombre lobo? —interrumpió Marcos con los ojos como platos.

—Eso es. Son personas de aspecto normal. Nadie sospecha de ellas hasta que, en los días de luna llena, se transforman y matan a todo ser vivo que se les ponga por delante, ya sea persona o animal.

—Pero ¿por qué se transforman? —quiso saber Marcos.

—Dicen que les ocurre a los varones que nacen en séptimo lugar y no tienen ninguna hermana. La única manera de evitar la maldición es que al niño lo bautice su hermano mayor con el nombre de Antonio. Existe un romance que cantaban cuando era niño. Decía así:

*«Se casó bien casada en otro pueblo Leonor.*

*Siete hijos trajo al mundo, los siete que le dio Dios.*

*No hubo hembra por el medio, cada uno fue varón.*

*Y al séptimo que era el último le cayó una maldición:*

*En un lobo de por vida el pobre se convirtió.*

*De mañana en la lobera y de noche de rondón...»*

—¿Llegaste a ver alguno?

—Yo no, pero cuentan que un día, uno de los vecinos del pueblo, cansado de que los lobos masacraran los rebaños, se echó al monte con una escopeta. Logró dar caza al lobo y, como trofeo, le cortó una pata y la trajo al pueblo en su zurrón. Cuando llegó y fue a enseñársela a todos, descubrió que la garra se había transformado en

una mano. Rápidamente, varios hombres corrieron hasta el lugar en el que se encontraba el lobo muerto. Lo que el cazador descubrió allí fue horrible... —Toribio hizo una pausa premeditada para continuar cenando.

—¿Qué fue? ¡Ahora no puedes parar, Bibo! —se quejó Marcos, impaciente.

Después de hacerse un poco el remolón, el abuelo continuó.

—Pues, en lugar del lobo, encontraron el cadáver desnudo de su hermano pequeño, al que le faltaba una mano —La voz de Toribio se había transformado en un susurro y Marcos se acercó un poco más a su madre. Ella lo abrazó. Sabía que, aunque nunca lo reconocería, empezaba a tener miedo.

—Resulta —continuó Toribio—, que en su familia no creían demasiado en esas leyendas y el niño, que era el séptimo varón de la familia, no fue bautizado por su hermano mayor.

Hubo un silencio en la mesa. Marcos miraba a su abuelo totalmente embelesado.

—Todo eso no son más que leyendas, hijo —aclaró Laura—, no son ciertas.

—Ya lo sé, mama. No soy tonto.

—Claro que no, pero a lo mejor te da un poco de miedo... —insinuó Laura.

—No. Nada. Ya soy mayor para eso.

—Lo sé —Laura apretó contra su pecho al niño y le

besó en la frente. Le gustaba hacerse el valiente delante de su madre; desde muy pequeño había adoptado un papel protector con respecto a ella. Era su pequeño hombrecito.

—Pero... ¿puedo dormir hoy contigo para que no tengas miedo? Por favor, mamá.

El abuelo soltó una carcajada que contuvo al instante con la mirada reprobadora de Laura.

—Por supuesto, cariño. La verdad es que era yo la que te lo iba a pedir.

## 3. Cicatrices

**Alemania, agosto de 1939.**

El tren se puso en marcha con una sacudida que provocó que Janusz alzara la cabeza y comenzara a toser violentamente. Cuando se calmó, volvió a acurrucarse en su regazo. La niña le tocó la frente y se dio cuenta de que estaba ardiendo. No sabía qué hacer salvo acariciar su cabecita y susurrar, más para sí misma que para él, que todo iba a salir bien. Afuera, en el andén, multitud de padres y madres desesperados se despedían de sus hijos entre escenas de dolor y algún que otro desmayo. Los demás niños del convoy se amontonaban junto a las ventanillas para decir adiós a sus familiares. Los más pequeños llorando y gritando; los mayores, emocionados por la gran aventura que tenían por delante y que iba a salvarles la vida. Pero ellos no se movieron de su asiento. No había nadie al otro lado al que decir adiós. Ella intentó concentrarse en algo para no echarse a llorar. Sentía fuego en las mejillas y le dolían terriblemente. Cada vez que hablaba o hacía un gesto brusco, se le abrían las heridas y le volvían a sangrar. Se había colocado unos apósitos que sujetó como pudo con un trozo de tela enrollada alrededor de la cabeza, desde la barbilla. Si lloraba, se le mojaría todo y tendría que quitárselo. Además, tenía que ser fuerte, como le había prometido a su padre.

Los niños comenzaron a tranquilizarse y a ocupar sus asientos cuando la estación se perdió de vista. El alboroto inicial poco a poco se fue transformando en un silencio extraño para tratarse de un tren repleto de chiquillos. Janusz tosió y comenzó a temblar. Ella se apretó un poco más junto a él, tratando de arroparlo con sus brazos. Estaba agotada. Había pasado la noche en vela y pronto se quedó adormilada con el traqueteo del viaje.

—*Ya tengo los documentos preparados. Mañana por la mañana Janusz y tú podréis subir al tren por fin.*

—*Papá, yo quiero quedarme contigo. No quiero irme sin ti.*

—*Cielo, ya lo hemos hablado. Yo no puedo ir y las cosas se están poniendo cada vez más feas por aquí. Sabes que hay muchos disturbios y ataques contra los judíos. Ayer incendiaron otra sinagoga. Parece que nadie quiere hacer nada. Hasta los bomberos se cruzaron de brazos mirando cómo el edificio se iba consumiendo. Solo actuaron cuando hubo riesgo de que el fuego se propagara a la vivienda colindante. Están saqueando nuestros negocios, las escuelas y hospitales, incluso nuestros cementerios. Este lugar ya no es seguro.*

—*Por eso mismo no quiero irme y que tú te quedes aquí...*

—*Es algo temporal, hasta que todo vuelva a la normalidad. Mira, lo pone aquí* —*Shimon señaló con el dedo uno de los documentos. Junto a la foto de la niña y su edad, siete años, había unas letras cuñadas en color rojo: «DOCUMENTO DE TRÁNSITO»*—. *Después volveremos a encontrarnos.*

—Pero ¿cómo? ¿Cómo vas a encontrarme en Inglaterra?

—Pues muy fácil. Solo tendré que preguntar a qué familia de acogida te han asignado.

Ella hizo una mueca de desconfianza. No quería dudar de las palabras de su padre, pero tenía demasiado miedo.

—Además, sabes que Janusz está muy malito. ¿Cómo voy a cuidar de él?

—En cuanto llegues a Inglaterra se ocuparán de él, no te preocupes.

La pequeña, que llevaba un rato intentando contener las lágrimas para no defraudar a su padre, no pudo más y se echó a sus brazos, llorando desconsolada.

—¡Papá! ¡Tengo mucho miedo!

Shimon se arrodilló para abrazarla, cerrando los ojos con fuerza y haciendo verdaderos esfuerzos por no echarse a llorar él también. No podía permitir que su hija adivinara sus pensamientos y supiera que no estaba seguro de que las cosas fueran a ocurrir como le acababa de contar; que había muchas probabilidades de no volver a verla nunca, pero que prefería eso a que hubiese una sola posibilidad de que se quedase allí y muriera. Aunque no le había negado a su hija la realidad, sí que la había maquillado. Las cosas estaban realmente mal y ambos corrían peligro de muerte. Sacarla de allí había sido su obsesión durante meses y eso era lo que iba a hacer.

—Tienes que ser fuerte —Shimon se apartó,

*sujetándola por los hombros para que ella pudiera mirarle a la cara—. No quiero que te rindas nunca. ¡Prométemelo!*

*Ella asintió al tiempo que unos fuertes golpes en la puerta terminaron con su conversación.*

*—Espera aquí —ordenó su padre, yendo a ver qué ocurría.*

*Menos de un minuto después, unos soldados con uniforme alemán irrumpieron en la sala. Uno de ellos arrastró a su padre, sujetándolo del cuello y amenazándole con un enorme cuchillo. Otros dos comenzaron a registrarlo todo ante la mirada horrorizada de la niña.*

*—Sé que tienes escondidos unos diamantes ¡¿Dónde están?!*

*—No sé de qué me habla. Se equivoca de persona.*

*—No me obligues a tener que matarte delante de tu hija...*

*La pequeña se había quedado petrificada. Observaba con ojos desorbitados al hombre que amenazaba a su padre. Era un soldado joven y fuerte, con dos grandes cicatrices irregulares, una a cada lado de la cara. La niña no podía apartar su mirada de aquel horrible rostro lleno de odio.*

*—¿Y tú qué miras, judía? ¿Te gusta mi cara? —Con un movimiento hábil, el hombre blandió su cuchillo delante de la niña, haciéndole un corte limpio en cada mejilla.*

*Ella chilló de sorpresa y dolor, llevándose las manos a la cara, que empezaba a sangrar profusamente.*

—¡Nooo! —*Shimon se revolvió, liberándose de su agresor y propinándole un fuerte golpe en la nariz. Pero antes de que pudiera socorrer a su hija, el joven le sujetó por el pelo y le asestó varias puñaladas en el costado.*

Se despertó sobresaltada, mirando a su alrededor completamente desubicada. Janusz, que dormía apoyado en su regazo, cayó del asiento y se puso a llorar y a toser. Ella lo abrazó y lo acunó hasta que logró que se calmara. Solo había sido un sueño, pero le pareció tan real... Aún no sabía que aquello era solo el comienzo de una terrible pesadilla que la atormentaría durante años. No recordaba muy bien lo que ocurrió después de que aquel hombre apuñalara a su padre. Eva, su vecina, escuchó los gritos y acudió a ver qué sucedía. Los hombres se la llevaron a la fuerza y a ella la dejaron allí tirada, junto al cuerpo agonizante de su padre. Sus últimas palabras se le quedarían grabadas para siempre: «*Sé fuerte y no dudes en hacer lo que tengas que hacer para sobrevivir*». A continuación, le entregó una fotografía manchada de sangre.

Sacó el retrato del bolsillo de su chaqueta y lo contempló. Ella aparecía sentada en el regazo de su padre y sonreía. Recordaba perfectamente el día que se hicieron la fotografía, un par de años antes. Había estrenado un vestido nuevo y unos zapatos de charol y estaba radiante con sus dos largas trenzas negras, rematadas con un gran lazo. Él tenía una mirada seria y su sonrisa era más comedida, pero parecía feliz. Acarició el rostro en blanco y negro de su padre e intentó limpiar la mancha de sangre que había quedado en una de las esquinas, pero era imposible. El papel había absorbido el líquido rojo, quedando marcado para siempre. Dio la vuelta a la imagen

y leyó la dedicatoria: «*Nunca me olvidas*». Un nudo le apretó la garganta y tuvo que apartar la mirada y respirar profundamente para no derrumbarse. Nunca le olvidaría, de eso estaba segura. Tampoco podría arrancar de su memoria cómo pasó toda la noche junto a su cadáver sin saber qué hacer. Por la mañana, estaba decidida a cumplir la promesa que le había hecho a su padre. Se curó las heridas, recogió sus cosas y se despidió de él para siempre. Antes de bajar por las escaleras se acordó de Janusz, su vecino. La puerta de su casa estaba entreabierta y no estaba segura de si aquellos hombres se habrían llevado al niño junto a su madre. La respuesta le llegó en forma de tos desde el interior de la casa. Encontró al niño en pijama, con los ojos hinchados de tanto llorar y medio adormilado. Le puso los labios sobre la frente: estaba ardiendo. Lo vistió y salió de allí con él en brazos. Tuvo que preguntar a varias personas el camino hasta la estación y tardó mucho en llegar. El niño pesaba demasiado para ella y no paraba de toser y lloriquear. Hubo momentos en los que temió que no llegarían a tiempo de coger el tren, pero no se rindió y finalmente lo consiguieron.

—¡Te ha tocado el número siguiente al mío! — comentó la chica que había sentada frente a ellos y que hacía rato que los observaba.

Ella miró los grandes carteles que les habían colgado del cuello y que tenían escrito el número que les identificaba. Tenía el 281 y Janusz el 302. Asintió con la cabeza, pero no respondió.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás herida?

La niña alzó los hombros y se limitó a mirar el paisaje

que pasaba a toda prisa a través de la ventanilla.

La chica, que debía tener unos doce o trece años, se incorporó y se sentó a su lado. Sacó una cantimplora de metal y se quitó el pañuelo que llevaba atado al cuello para mojarlo.

—Anda, déjame que te ayude con el niño —Colocó el pañuelo húmedo sobre la frente de Janusz, que gimoteó al sentir el frío—, hay que bajarle la fiebre. ¿Es tu hermano?

Ella negó con la cabeza.

—Me llamo Yona. ¿Y tú?

—Hannah.



## 4. Desaparición



Sucesos 12.08.2018 | 11:10

### ¡URGENTE! MENOR DESAPARECIDO

**Marcos tiene 8 años y desapareció entre las 7  
y las 8 de la tarde de ayer.**

Desde primeras horas de la mañana de hoy, numerosos voluntarios participan junto a La Guardia Civil en la búsqueda del menor **Marcos Arreola Kelley**, de 8 años de edad, cuyo rastro se perdió ayer por la tarde en la salmantina localidad de Aldeanegra, cerca de La Alberca. El niño salió de casa de un vecino sobre las 19:15 horas en dirección a su domicilio y a partir de ese momento se le perdió la pista. La voz de alarma la dieron sus familiares hacia las 9:00 de la noche, cuando se percataron de su desaparición. En las inmediaciones de su casa descubrieron el cadáver degollado del perro que solía acompañar al niño.

En el momento de su desaparición, el pequeño llevaba unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta amarilla. Según fuentes cercanas, se ha descartado la desaparición voluntaria del menor y se baraja la hipótesis de un posible secuestro. Al operativo se ha sumado hoy un helicóptero que recorrerá la zona en busca de algún rastro del niño, ya que se trata de un área boscosa con barrancos y parajes de difícil acceso que hacen muy complicada la búsqueda.